

## El texto histórico y las estrategias de la lectura

Raymundo Mier\*

"Los ojos, los oídos y la escritura de Bernal Díaz del Castillo", de Guillermo Turner, y "Lecturas de Motecuzoma, revisión del proceso de un cobarde", de Guy Rozat.

### La operación de la lectura

Sin duda, los trabajos de Guillermo Turner y Guy Rozat podrán considerarse legítimamente como una meditación sobre la lectura, una exploración de sus posibilidades: inevitablemente, también como lecturas particulares. Estos trabajos se inscriben en una línea de fuerza que violenta de manera inesperada la calidad de la actividad del historiador. De la misma manera en que Paul Veyne ha enfatizado la singularidad de la escritura de la historia, sería preciso imponer el mismo énfasis a la reflexión sobre la lectura en la escritura de la historia. Esta *interioridad* de la lectura en el acto de escribir la historia no es menos

singular que las condiciones que rigen el momento de escribir. Momiigliano ha sintetizado de manera muy nítida el lugar de esa interioridad:

la mayoría de los historiadores trabaja sobre reliquias del pasado, en forma de relatos escritos u orales, documentos, restos materiales descubiertos por otros, etcétera. El historiador tiene que interpretar ese testimonio a fin de establecer los hechos y normalmente tiene que considerar otras interpretaciones. *Todo esto implica que tiene que escribir no sólo desde su punto de vista personal (y cambiante), sino también tomando en cuenta los puntos de vista de los otros testigos e intérpretes.*<sup>1</sup>

Sería posible quizá marcar las transformaciones de la historiografía, sus decaimientos momentáneos, el vigor de sus resurgimientos y el repertorio difícilmente comprensible de sus puntos de vista, a partir de los accidentes y los lugares de este juego de interpretaciones, de las estrategias que acarrea este desdoblamiento de la subjetividad que interpreta, del

distanciamiento o la fusión en una sola voz narrativa de puntos de vista divergentes, de esta división de la interpretación entre la jerarquía vacilante de los textos: los testimonios y las interpretaciones, los testimonios de las interpretaciones y las interpretaciones de los testimonios, en una red conformada por la intersección múltiple, intrincada, incluso discernible de los ámbitos textuales, de los arraigos y los orígenes de cada texto y de la ambigüedad de sus reglas de composición. Los trayectos del régimen y los criterios de esa lectura constituyen la tensión interior, propia del acto de escribir la historia.

La vacilación contemporánea ante la escritura y su consiguiente interrogación sobre la naturaleza de la lectura no han construido un denso andamiaje de reflexiones sola mente para demostrar un conjunto de trivialidades, por lo demás débilmente establecidas: que toda lectura es relativa, que depende de quién lee, que tiene su tiempo y su historia y que éstos inducen un enrarecimiento en la memoria narrativa de los hechos, que cada lectura convoca otros textos, se confronta con otras lecturas virtuales

\* Profesor-investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, en el área de semiótica y filosofía del lenguaje y profesor en las áreas de lingüística y etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

o reales de otras narraciones, que pone en juego una multiplicidad mutable de conocimientos y saberes. Si toda la imaginación crítica contemporánea volcada hacia la lectura tuviera como desenlace estas conclusiones—obvias para cualquier lector—ella carecería de interés.

Sin duda, cualquier lectura es, *simultáneamente*, un reconocimiento y una comprensión de los signos así como una anticipación de lo que habrá de ser leído. Estos elementos involucran un anclaje dual en el tiempo del lector: la comprensión se funda en los signos presentes pero también funda un tiempo de apertura hacia el sentido del horizonte textual todavía desconocido. La lectura se funda en esa tensión entre la memoria—de las palabras, de la historia restringida narrada en ese texto, de la diversidad de entornos narrativos y el universo de certezas que permite el arraigo de lo contado—y la anticipación: la anticipación conceptual que emerge de la lectura—la capacidad de anticipar no sólo el curso narrativo sino los horizontes éticos, causales, los impulsos que determinan la aparición de un episodio y la validez o legitimidad que los ampara—; desborda la mera reconstrucción de la trama de imágenes y figuras conceptuales ofrecidas por el texto y la mera evocación de lo representado. La lectura hace intervenir en las determinaciones intrínsecas de las palabras, en su impulso narrativo, un desencuentro de las evocaciones y la memoria que se arraigan en la trama textual.

La lectura, observó Barthes, desborda la puntuación del texto. Tiene un impulso que se aparta de la escritura, establece sus propias polaridades, sus ciclos, sus retornos, sus demoras. Adopta por sí misma una voluntad cambiante de olvido.

De improviso se detiene en un vacío, en una indicación que se perfila momentáneamente como enigma, recobra un signo antes habitual como una opacidad del texto, retorna a un punto de la trama como si se adentrara en un enrarecimiento del texto. Esta sucesión irregular de los impulsos de la lectura sugieren una tensión entre el régimen de la evocación, las contrastantes comprensiones del texto—no sólo en la calidad misma de las palabras o en la urgencia de su comprensión, sino también en la reconstrucción de los vínculos que hacen admisibles, reconocibles, eficaces los recursos argumentativos que fundan la plausibilidad y credibilidad de lo leído, los nexos narrativos que fundan el tiempo y el impulso de la lectura, que acrecientan o empobrecen la densidad de las evocaciones, etcétera—y el impulso de la lectura a reconstruir la totalidad del texto, una totalidad siempre móvil, con frecuencia indiferente a los límites materiales del texto. La totalidad textual a veces coincide con la clausura de una anécdota o con los linderos abstractos de un capítulo, o se extiende más allá del texto hasta la construcción de un horizonte textual configurado por textos de distintas procedencias e incluso órdenes y tiempos divergentes; pero esa totalidad puede también constituirse más acá de las fronteras convencionales del texto: en una palabra, en un jirón de frase, en un nombre propio, en la extraña densidad de las sugerencias que suscita el nombre de los actos. Esa constelación de tensiones lleva a la lectura a los movimientos entrecortados, a saturar la lectura con desprendimientos, evocaciones, bifurcaciones, conjeturas que se anclan en esas ínfimas inviabilidades de la cohesión textual.

Esta multiplicidad rítmica de

las opacidades del texto, el panorama de sus enigmas, carece de señales abiertas unívocamente reconocibles. La lectura se constituye así en un acontecimiento: no sólo por su historicidad, sino por su carácter abrupto. Esa multiplicidad de sus tiempos sugiere también una múltiple *interioridad* de la lectura en la historia.

Hay una historia que se arraiga en las grandes unidades narrativas, en la vasta y uniforme trama de lo contado, en su capacidad para restaurar una atmósfera y una credibilidad de ese lenguaje. Pero la narración incorpora también historias ínfimas, imperceptibles, adivinables, que atraviesan el texto en materias heterogéneas: sin duda, hay una historia de los recursos retóricos para construir las credibilidades, para retener la atención; hay una historia de los usos de las promesas implícitas que todo texto formula a su lector: promesa de memoria, de reconocimiento, de identidad, de prestigio, de saber, de vértigo; una historia de la violencia imperativa del lenguaje, una historia de su eficacia argumentativa. La trama de historias que configura el orden de la lectura es potencialmente inabarcable. Es este régimen desigual de quebrantamiento lo que hace posible la actividad de la escritura histórica.<sup>2</sup>

### El Bernal de Guillermo Turner

Guillermo Turner, prosiguiendo otras tentativas notables para esclarecer este anidamiento de la lectura en el seno de la escritura de la historia<sup>3</sup>—y en particular en la *Historia verdadera*—,<sup>4</sup> evoca una posible historia de la lectura legible en la escritura de la crónica. La historia de la lectura se abisma en la construcción misma de la histo-

ria. Es posible admitir que el movimiento de la lectura encuentre privilegiadamente el texto como una trama de índices, como un repertorio de residuos, como una geología conformada por relieves que atestiguan la incidencia de otros actos y condiciones. La lectura se vuelca entonces hacia la exterioridad del texto: busca encontrar, en los silencios del texto, lo que sin embargo constituye la cifra de la cohesión textual. La lectura se convierte entonces en una difícil conjunción de un modo de percibir los silencios marcados en la trama del lenguaje y el peso de la plenitud y densidad que esos signos toman de su tiempo. Se podría hablar entonces de una *tangencialidad* y una *oblicuidad* de la lectura como dos operaciones similares aun cuando mantengan entre sí una serie de diferencias.

#### *Tangencialidad y oblicuidad*

Los escritos que fundan la escritura de la historia, advierte Guillermo Turner, no son densos, no están sometidos a una infatigable fuerza cohesiva de la lógica. Están atravesados por temas tangenciales, apariciones que dejan apenas trazas sobre el texto, presencias transitorias que carecen de continuidad, que escapan al reclamo sistemático de lo que Paul Veyne llamó "la intriga". Pero hay junto a esta tangencialidad otras manifestaciones de disolvenencia de la trama. Las referencias oblicuas: hechas de insinuaciones, citas encubiertas, claves desplegadas sobre el texto que admiten sólo una lectura desde la más íntima familiaridad con las encrucijadas del testimonio; son claves ilegibles para quien es ajeno a los encubrimientos y los velos de la referencia. La lectura histórica se encuentra en la convergencia de estas fuerzas que disgregan el tex-

to. La lectura de la historia tiene que resistir a la tentación de desdeñar esos residuos de lo narrado, esas historias virtuales, silenciadas, hechas solamente de un gesto, de un señalamiento, de un acento o de una repetición aparentemente infundada. Turner busca inscribir su lectura en la aspereza de esta convergencia que funda una opacidad esencial del texto histórico.

La tangencialidad y la oblicuidad de la lectura mantienen entre sí una relación difícilmente calificable. Las tradiciones de diversas hermenéuticas pusieron de relieve los alcances de la lectura oblicua. Sólo el desencanto de la teología hacia el fin del siglo XIX, y que duró sólo algunas décadas, llevó a su abandonado pasajero. La historia de la lectura se confunde con la historia de esa tensión entre la impaciencia de la literalidad, las lecturas tangenciales y las reconstrucciones canónicas; la lectura ha alentado alternativamente las inclinaciones a la alegoría tanto como las intransigencias de las gramáticas y las ortodoxias de las retóricas prescriptivas; la lectura ha edificado también el archivo y la biblioteca como una de las muchas estrategias por conjurar su vocación por el olvido del texto, el desdén por lo escrito, su prisa por confinar a la destrucción virtual cualquier testimonio que desdiga las invenciones de su relato. Pero la lectura también ha alimentado la pasión de la conjetura, una lectura replegada a los jirones del texto, capaz de imponer a las palabras la propia imaginación lectora; y también, junto a este desarraigo del texto ha acogido una duradera obstinación por el poder descriptivo del lenguaje. La lectura se transforma en sustento de la voluntad de verdad.

La oblicuidad de la lectura, como pasión hermenéutica, como un recurso para escapar a los vacíos del

lenguaje, está gobernada por dos pasiones singulares: la disipación de las ambigüedades inherentes a la escritura y la limitación de la fuerza conjetural suscitada por el lenguaje, y que se ampara en *la historia de lo no dicho*; la oblicuidad de la lectura busca recobrar para la literalidad del lenguaje los pliegues de silencio que arrastra toda forma de la escritura. Reconstruir en el significado de las frases, en la construcción de las intrigas, en la pulsación de las frases, las condiciones que suscitaron una expresión; restaurar los silencios abiertos en una narración por las líneas de fuerza de lo atestiguado o lo percibido que delimitaron cada relato. No obstante, las pasiones de la lectura oblicua son distintas y divergentes: la ambigüedad precipita a la lectura en la red esencial del lenguaje, en su historia, en la fragilidad de su sentido, en las desiguales mutaciones de su calidad figurativa; la exploración oblicua de las conjeturas se aparta del texto, se distrae en su historia. Este espectro de la lectura, su pasión conjetural, parece ser únicamente otro rostro de una pasión más arraigada, menos perceptible, más antigua, atávica, insoportable cuando emerge persistentemente en la conciencia: la pasión por la invención del origen, del origen de lo dicho, de lo contado, el impulso que la crea, su *necesidad*.

Las lecturas oblicuas han existido siempre, constituyen un recurso privilegiado en los relatos de lo memorable, pero han sido lecturas construidas contra la lectura: hundidas en el lenguaje o dispersas por su historia, la lectura oblicua ha permanecido siempre más allá o más acá del texto. Lecturas que buscan reconocer las modulaciones que el silencio impone a la materia del lenguaje. La historia ha privilegiado esta lectura antagoni-

ca a la lectura. Estas lecturas construidas contra el texto, con un cierto encanto por su radical interioridad—los resortes de la ambigüedad del lenguaje— o por su exterioridad, por aquello sólo aludido por los signos. El silencio que la lectura oblicua reconoce en el lenguaje no está hecho sólo de un hermetismo intencional, no despliega una voluntad de ocultamiento. La lectura oblicua se centra con frecuencia en ese velo construido por la fuerza segmentadora, por la fuerza selectiva y, por consiguiente, excluyente y eclipsante del lenguaje, por las distintas calidades de su silencio. El ingreso oblicuo al texto se apega a lo equívoco del lenguaje, requiere una atención detenida a sus inconformidades, a los recursos que emplea para incorporar lo memorable, a sus formas de señalar e indicar la violencia de lo omitido, a sus modalidades de énfasis de lo que gravita en el texto sin encontrar ahí una representación puntual, plenamente restituible. En ese punto, la lectura oblicua se funde con una filología exacerbada. Una filología que no sólo recupera una historia de los textos sino, más aún, busca conformar una historia con sus silencios.

#### *Los tiempos de la lectura tangencial*

El texto de Guillermo Turner habla esencialmente no de la oblicuidad de la lectura, sino de lo que podríamos llamar una dialéctica de la tangencialidad. Lo tangencial en el texto, parece sugerir Turner, más que en el ritmo, parece residir en la duración de los temas que aparecen en el texto. Pero la tangencialidad se asemeja a la alusión: una presencia apenas advertida en el texto, un olvido súbitamente convocado clausura la resonancia de un acontecimiento, de un hecho, o

de un personaje. La tangencialidad tiene que ver al mismo tiempo con el silencio proyectado desde la misma escritura sobre el texto. Al hermetismo inherente a la lengua, la escritura añade otro que le es propio, irreparable. Es una inhibición con frecuencia desatendida: la escritura esparce sobre el texto residuos de temas, de referencias a objetos y actos, giros de lenguaje que señalan la observancia de reglas no siempre expresadas, prescripciones de escritura que irrumpen en el cuerpo de la anécdota, en el relato de los hechos, en las consideraciones que buscan dar un fundamento a algún episodio relatado. Esa duración de residuos de lenguaje, apenas señalada sobre el texto, hace visibles las zonas de sombra del relato. Al mismo tiempo advierte una *necesidad*: esos temas que irrumpen señalan la existencia de impulsos narrativos a veces incontrolables que orillan a una escritura a admitir en su trayectoria una disonancia, una conjugación de impurezas, de líneas de fuga, de presencias textuales marcadas por una aparición y su inmediato sofocamiento. Esa aparición, la aparición breve, insinuada, incluso fantasmal o episódica de los elementos, reclama lo que Turner alude como una *lectura tangencial*: ante los trazos tenuemente evocativos de la escritura, la tangencialidad requiere de una interpretación abierta, dialogante: la lectura tangencial posterga la clausura de la anécdota, de su sentido, aplaza la metamorfosis del texto en memoria o en evidencia, somete el texto a un ahondamiento de las evocaciones que la lectura sugiere. La lectura entonces busca arraigar en los puntos de sofocación de la aparición de esas *impurezas narrativas*. Los ritmos de la lectura tangencial se constituyen al margen de aquellos propuestos por la

trama narrativa o incluso por la dinámica misma de la lengua. Eluden la inclinación hermenéutica o la escrupulosidad filológica. El lector adquiere una soberanía particular: rige sus movimientos según una jerarquía arbitraria de las semejanzas apreciables en las palabras del texto. Hacen visibles en el texto los requerimientos de otra pasión: la que empuja a la escritura. Si hemos de creer a los impacientes fervores del psicoanálisis, ese punto de encuentro en la repetición es también un encuentro en el silencio, en lo que desde ambas miradas no cesa de anunciarse sin expresarse en signos. El punto de ese encuentro es la inminencia. La lectura tangencial está apuntalada sobre la espera de lo próximo; su vocación por el detalle hace de toda lectura un acecho. Tiene ahí su voluptuosidad.

#### *La tangencialidad como pasión*

El detalle es la materia crucial de la lectura tangencial. Sus ritmos marcan una lectura paralela, divergente de los otros órdenes textuales. La tangencialidad de la lectura tiene la fisonomía de la pasión. Una sorda y a veces injustificable vehemencia por el detalle. Súbitamente la tangencialidad de la lectura se adentra en una repetición velada por una serie de desplazamientos del texto que delinean el perfil de una lógica. Es fácil reconocer en la lectura tangencial la figura cardinal de la clave. La lectura tangencial, sin embargo, debe asumir el riesgo de la adivinación. A pesar de su fervor por esos signos residuales, la lectura tangencial corre también el riesgo de las hermenéuticas de la profundidad: pretender que se desprenda de esas tramas discontinuas de signos, de síntomas y de elementos extraños, un sentido que desplace al sentido

expreso de la narración; investir a esos signos de una verdad latente, capaz de revelar la identidad profunda de lo recordado.<sup>5</sup> La lectura tangencial adquiere entonces la violencia de la revelación: una iluminación repentina y oblicua de los textos, una apenas insospechada convicción de la arbitrariedad del sentido súbito del texto.

La lectura tangencial hace visible un texto inscrito en el texto, pero desplegado en él como un olvido de las exigencias de continuidad del relato, de la historia; un dislocamiento de las determinaciones impuestas por el tiempo narrativo. Pero es la invención de nuevas densidades. La tangencialidad reconoce una proximidad ahí donde antes había sólo un vacío: donde ha habido un olvido recurrente. La tangencialidad tiene algo de reparación. Hace perceptible lo que había sido siempre desdeñado. Además, esa reparación es estratégica: ese desdén precedente se vuelve signo de exclusión.

### **La historia de la percepción: la narración de los sentidos, la construcción de la fidelidad a sí mismo**

Hay una historia de la percepción como hay una historia de los objetos percibidos, pero también hay una historia del decir sobre esos objetos, transformaciones de los imperativos de la descripción, de los regímenes de credibilidad, de los recursos estilísticos y las retóricas del testimonio. Los modos de ver son inatenuables, pero lo son las inflexiones de los relatos de las percepciones y el lugar que ocupa el acto mismo de ver en el orden de lo narrado, en la conformación de las credibilidades, en la encrucijada de la verosimilitud de un momento histórico.

El acto de ver constituye también un objeto particular de la fascinación narrativa. Narrar ha guardado siempre una estrecha relación con el acto de mirar. Y ese acto ha persistido y marcado modos diferenciales de narrar y formas distintas de inscripción legítima del relato en el orden histórico de la lectura.

Guillermo Turner subraya, en la *Historia verdadera*, el vínculo que se traza entre la mirada y la escritura como un rasgo que conforma un vasto complejo de modos consagrados de referir la experiencia: escribir lo visto "con ayuda de Dios," escribir como forma dialogante —del orden de la polémica—, escribir como testimonio, es decir, describir reclama una garantía de la presencia. La crónica es no sólo la descripción de los hechos, sino el proceso de legitimación de la palabra y de las garantías de fidelidad: contar otros testimonios de la presencia, contar la existencia de documentos que atestiguan la presencia. La crónica no es nunca una evidencia primaria, corrobora inevitablemente otras miradas y el relato de otras experiencias, recurre a los esquemas admisibles para modelar la verdad de lo presenciado, apela a la trama textual que construye las seguridades colectivas, multiplica, prolonga, amplifica aquellas historias en su propio relato: esa confluencia de ecos conforma la historia de los testimonios y las pruebas jurídicas del "haber estado ahí". La crónica reclama esa presencia cohesiva de la teología —y sus recursos dialógicos y retóricos— para garantizar la verdad de una escritura consagrada al "apego a lo mirado". Las garantías de verdad se estratifican. Una prueba extraña de veracidad, resalta Turner: el texto de Bernal incluye un relato fugaz de la lectura de sí mismo: "dos personas, no

nos aclara quiénes —escribe Turner— sino sólo que se trata de dos licenciados, leen un borrador de su obra y lo alaban por no olvidar nada de los que pasaron como conquistadores". Una garantía sin garantía. La lectura del manuscrito se inscribe en el movimiento mismo de la crónica y juega como un testimonio de exhaustividad: un elogio de la memoria, una afirmación de que nada ha sido olvidado.

Esta lectura que prelude la lectura pone en escena un tema esencial, inscrito en la trama misma de la historia de la mirada, que conforma la crónica: el olvido. Hay, como contrapunto a esta afirmación de la memoria en la crónica, otra historia: la del olvido, sus modalidades, sus funciones, su lugar en el espectro de la verdad. No se trata solamente del olvido como lo silenciado por la escritura, sino el olvido como tema privilegiado de la escritura y el testimonio del olvido en las representaciones colectivas. El olvido, señala Lévi-Strauss al analizar su aparición como motivo en distintos universos míticos, "nos aparece como una falla de comunicación consigo mismo". Ese movimiento de reflexividad, esa historia adel si mismo acompaña la historia de ese tema en la escritura. El olvido no es sólo una falla, sino que involucra en su historia —la historia del tema del olvido en la narración—, las vicisitudes de un modo de conformar al propio narrador, de conferirle una identidad y de afirmar su posición en el origen de la palabra escrita. Lévi-Strauss encuentra un vínculo entre el olvido y otros actos de lenguaje: "el olvido formaría sistema con el *malentendido*, definido como una falla de comunicación con el otro, y con la *indiscreción*, definida como exceso de comunicación, también con el otro".<sup>6</sup> La lectura de la crónica deja adivinar otras historias. Junto a la

sutil trama de los modos de concebirse a sí mismo aparece otra, menos aparente quizá, que es la historia de otros motivos: el testimonio de una historia de los usos legítimos o ilegítimos del olvido y de la indiscreción o el malentendido, todos presentes en la trama argumentativa de la *Historia verdadera*.

La memoria en la escritura histórica tiene un lugar ambiguo: la disciplina contemporánea de la historia se ha construido como una memoria suplementaria, como un recuerdo laboriosamente conformado, como una estrategia para cancelar el olvido. El texto histórico ha pretendido ser la contraparte del olvido, su reparación. Alguna historia ha pretendido curarnos del olvido. Pero esta memoria suplementaria no puede sino fundarse en otra memoria, testimoniada, manifiesta, legible. Hayden White, en sus precipitadas taxonomías sobre el relato histórico, no vacila en asignar a la crónica una posición fundante que se confunde con la extravagante noción de "fuente". La crónica, las fuentes, son la memoria que ha escapado a dos movimientos de destrucción: el silencio, y el agotamiento de la expresividad: la tentación de la inutilidad del recuerdo. Historia es la escritura de lo que está excluido de la memoria, de lo que es inaccesible a la evocación inmediata.

#### **Las estrategias de la certeza: "conocer la intención del autor"**

Hay una certeza que perturba la aproximación histórica al texto. Puesto que el lenguaje es multívoco, puesto que la materia sugiere numerosos sentidos de peso histórico comparable, un criterio emerge como guía para la comprensión del sentido del documento: su implantación en un espacio normativo, su función política o jurídica, el carác-

ter que le confiere una voluntad específica de decir, de hacer constar. La crónica de una riña será diversamente interpretada según se considere esa conjugación de descripciones una anécdota contada en familia o una declaración testimonial con consecuencias judiciales. No obstante, el acto de escritura, enfrentado a acontecimientos que emergen con un peso decisivo ante los ojos del autor, hace vacilar las determinaciones instituidas que conferirían un lugar, un espacio y un sentido claramente determinado a la narración de un acontecimiento: testimoniar la riña del vecino no suscita esa ambigüedad de la posición de quien toma la palabra que advertimos en el testimonio de los campos de exterminio en la Segunda Guerra. El vínculo de quien escribe con la magnitud imaginaria de lo que relata desborda los cauces impuestos a la dirección y al sentido de lo escrito. De ahí una tentación: indagar ese vínculo imaginario, reconstruir el lugar que el autor del testimonio se impone frente a la memoria del acontecimiento que es también la memoria de sí mismo. De ahí la sensación inevitable de que recobrando el perfil de este juego imaginario, los silencios y las deformaciones del texto recobrarán otra legibilidad, más original. Que una vez reconocido este impulso hiperbólico que atraviesa el testimonio de los protagonistas o de quienes se ven involucrados en un acontecimiento decisivo — para sus vidas, para la comunidad, para la imagen fantasmagórica de la nación —, el perfil de las condiciones eficaces que dominaron la escritura del texto será accesible a la comprensión. Se perfila en consecuencia una hermenéutica de las intenciones que subyacen a la escritura. Esa tensión que rige el lugar de quien habla frente al episodio que enuncia.

Todo texto exhibe una retórica de la intención: un despliegue de señales, de guiños, de alusiones, de expresiones abiertas, modos de delinear los contornos de sí mismo, referencias oblicuas a su propia voluntad de expresión y analogías a veces veladas entre su propia identidad y el sentido de lo narrado. Guillermo Turner despliega ciertas estrategias analíticas para recobrar los puntos de referencia de esta retórica de la intención, de este régimen de alusiones para construir el perfil de sí mismo, del narrador y el espectro de las persuasiones, su sustento, el apuntalamiento de la fidelidad a los hechos. La construcción de la credibilidad, de la *verdad* del relato, consiste menos en la reconstrucción fidedigna de los hechos — muchas veces desdeñable —, que en la referencia a la palabra del otro: promesas, declaraciones, rememoraciones, confirmaciones, coincidencias. La verdad del relato se desplaza del ámbito de la descripción de los hechos a la trama de resonancias verbales de los acontecimientos y los testimonios. El simulacro evidente de literalidad, inherente a la cita, desborda en la crónica las percepciones de la lectura; no se reconocen abiertamente en la cita la invención, la hipérbole, las desfiguraciones. La memoria verbal sustenta la verdad de otras memorias: rememorar lo vivido, recobrar los trayectos de la percepción. El inventario de las referencias a la palabra es múltiple: la cita declarada, la paráfrasis. Las estrategias de la autoridad de las palabras también se despliegan: la cita anónima que apela a las garantías de la colectividad; pero también evocar la palabra cuya autoridad se desprende de la notoriedad de los nombres propios. La verdad arrancada de la palabra de los otros, citados en la crónica, funda la vero-

similitud de lo contemplado, de lo vivido: la trama de lenguajes, de voces, funda la verdad de lo escrito. La crónica enlaza de manera indiscernible los testimonios del lenguaje con los testimonios de los sentidos. La invención de la palabra de otros: la ficción de su hablar ampara la ficción de los hechos y configura la verdad de la crónica. Turner cita numerosos pasajes en donde se advierte esta conjugación de las ficciones: "ciertos misteriosos personajes—nos muestra—que aparecen en varias ocasiones en la obra, como son dos caballeros y dos licenciados. Estos se ocupan de plantearle preguntas a nuestro autor para que exponga sus más personales formas de pensar y darle finalmente la razón. Me parece a mí —concluye— que estos personajes son igualmente ficticios, entre otras cosas porque nuestro autor nunca registra sus discusiones en una redacción directa, es decir, algo similar a lo que llamamos 'citas textuales'". Las estrategias se diversifican: se narra la percepción: narrar lo visto, lo oído en el momento del acontecimiento; como también se narran las lecturas: de otras crónicas, de cartas, de declaraciones en los muros que atestiguan la presencia de sus autores, de escritos de indígenas, escritas una vez transcurrido el acontecimiento, leer estas imágenes contradictorias, desiguales de lo ocurrido, leer el pasado; y se narra también lo escuchado en boca de otros: los juicios, las anécdotas, las invectivas, ese universo desigual de actos de lenguaje de tiempos divergentes, de sentidos encontrados o dispersos, en que la narración es indiferentemente evocación o instrumento; pero la crónica narra incluso las lecturas de sí mismo, los juicios sobre la propia condición, las convicciones que sustentan la identidad de sí mismo y la historia

íntima, propia, que abarca lo largo de una vida. La crónica se afirma como única, irrefutable, legítima, al atestiguar la suerte singular, la capacidad inigualable de la voz que narra y las fuerzas contrastantes del heroísmo y el olvido que impulsan en el cronista el acto de escritura. La crónica, contrariamente a lo que pretende por ejemplo Hayden White, no tiene en Bernal —como lo muestra Turner— un tema central, a menos que la noción de tema y su importancia en el texto sea lo suficientemente amplia o desdibujada para incluir esta multiplicidad de voces y de argumentos, de referencias y de confesiones de lo vivido, de testimonios y de fundaciones de sí mismo. Tampoco, y nuevamente contra las pretensiones de White, se puede afirmar que la crónica preserva la continuidad temporal. Turner sigue las anfractuosidades, los quiebres, las circularidades, la violenta discontinuidad de las referencias narrativas, las irrupciones a veces ínfimas pero que infunden al relato una movilidad y una multivocidad irrecuperable para el reclamo de la linealidad de los tiempos, paga el apego de la crónica a la puntualidad de las cronologías.<sup>7</sup>

La retórica de la intención está entrelazada con otra más reconocible: la edificación de las persuasiones. No es la confrontación entre el sujeto y el acontecimiento lo que suscita una respuesta imaginaria, la necesidad de un relato, la iluminación de los detalles exorbitantes, el extenso diálogo de voces y la confrontación a veces desmesurada de las experiencias; no es la enorme magnitud de los acontecimientos lo que sugiere los gestos hiperbólicos con los que el sujeto se construye a sí mismo. Lo que conforma la retórica de la intención es privilegiadamente la relación del propio relato con la fuerza atribui-

da históricamente al acto testimonial —ya sea el ceremonial oral de rendir testimonio, o bien la transcripción por escrito de la narración del papel desempeñado por el individuo en el acontecimiento—, lo que excita las fabulaciones del acontecimiento y de sí mismo; esto permite el despliegue de las estrategias persuasivas. La experiencia vivida en silencio, sin las dignidades de la narración, se recobra sólo como olvido.

La crónica exalta las retóricas de la intención. Se orienta a la edificación de convicciones. Turner sigue el curso de la edificación de las convicciones, el trayecto "polifónico" de Bernal: en la *Historia verdadera* se acude a la autoridad de los nombres y las posiciones: a Cortés, autor de cartas; al testimonio virtual de quienes vivieron y podrían dar fe de lo dicho —por ejemplo Pedro de Alvarado—; a voces y seres anónimos que se alternan en la crónica; a juicios apuntalados desde jerarquías militares o políticas, o cuya credibilidad está dada por su presencia irrefutable en el acto mismo que se narra. Guillermo Turner toma como uno de los elementos cruciales de su análisis de la crónica de Bernal esos índices de invención de la credibilidad. La crónica despliega en su amplitud las estrategias de la persuasión, la reflexión del autor sobre sí mismo, sobre su posición como origen de la narración, sobre su apego y su veracidad. La red de argumentos, las polémicas responden al mismo tiempo a una exigencia retórica para la implantación de la verdad, y a un deslinde jurídico para la fundamentación legítima de lo dicho. La escritura en la crónica ahonda su ambivalencia: la argumentación exhibe sin reticencias el desdén y el desconocimiento de hombres, versiones, hechos; expresa también enalteci-

RODRIGO DE AYA  
MONTE



mientos y veneraciones. La crónica no puede ser edificada sobre una correspondencia de la palabra y los hechos, no satura el relato con la descripción o el testimonio; se edifica plenamente sobre una autoridad que articula *en su totalidad* la palabra histórica; la narración de los hechos adquiere así su lugar a la sombra del peso del lenguaje. Es inconcebible fundar la crónica sobre una virtual infalibilidad de lo atestiguado. La argumentación no sólo funda una distancia, sino una deformación; la desfiguración y el repliegue del relato a las normas establecidas de la escritura legítima; la conjunción de un conflicto de miradas, de intereses, de experiencias, de identidades, da su perfil a la identidad de lo ocurrido. La única posibilidad de trazar el "verdadero" contorno del episodio radica en este antagonismo de sentidos. La crónica no solamente hace admisible la sospecha, más aún, la instiga; es de ese espacio incierto de la narración, de su sospecha constitutiva, de donde la crónica recoge la violencia de la convicción. La crónica no puede existir sin un espacio de congruencia entre todo lo narrado por distintas voces. Algo similar a lo que Paul Veyne ha llamado un "geomtral": ese punto, inexistente en la experiencia, pero que constituye un universo finito de significados compartidos, de acuerdos inadvertidos y ofrecidos por cada voz, autónomamente —una autonomía real o simulada— respecto de otros relatos. Ese espacio de convergencia narrativa circunscribe episodios de otras crónicas, confronta otras versiones, convoca otros residuos que se inscriben suavemente, sin violencia, en la racionalidad montada por las estrategias de persuasión. Las historias parecen fundar como real esa esfera imaginaria surgida de la convergencia de relatos. Son esos

rasgos los que, aún como universos de ficción, sirven como tierra firme, como punto de anclaje en la mirada de los historiadores.<sup>8</sup>

No obstante, ese "geomtral" no obedece al perfil ineludible del acto presenciado, no responde a una presión intrínseca en los acontecimientos que impone al narrador una forma de descripción o un modo de referencia particular. El geomtral no existe en los hechos mismos, en la fuerza particular con la que se imponen a la experiencia de los testigos. Ese geomtral de la historia parecería ser menos la huella de los actos que el imperio de la trama institucional de los lenguajes, de las exigencias impuestas históricamente a los distintos sujetos sociales; el geomtral de la historia surge también de la resonancia, en la formación histórica de la verdad, de las argumentaciones tolerables o alentadas y de las reglas que rigen la relación de los individuos con la escritura y con su propia memoria. Esa evidencia compartida por el sistema de las crónicas deja ver una vasta red de estrategias de ficción, de autoridad, de verdad colectiva, que se conforman durante tiempos históricos determinados. Los elementos compartidos por las crónicas, los ámbitos de coincidencia de lo dicho responden en Bernal a tensiones políticas en la institución eclesiástica, al ejercicio de autoridades que gravitan sobre la escritura, restringiendo su autonomía expresiva —los modelos de la literatura clásica, las retóricas y gramáticas prescriptivas, herencia de las instituciones latinas—, las disposiciones narrativas en las Sagradas Escrituras, los modos de argumentar legítimamente la verdad en las tradiciones aristotélica y platónica y su transformación a través de la reconstrucción medieval, las tensiones jurídicas que inquietaban las decisiones imperiales.

### Lecturas de Motecuzoma: revisión del proceso de un cobarde.

*La interrogación sobre las fuentes: las sutilezas de la gramática*

En las últimas décadas, la perspectiva histórica se ha visto crecientemente conmovida por una transformación, señalada por Guy Rozat, la aparición en el horizonte de la historiografía del vínculo entre el libro como *fuentes para la historia* y *fuentes de historia*: "el libro —escribe Rozat— ya no es sólo objeto de curiosidad, ya no es sólo fuente para la historia, sino también fuente de historia". Este vínculo tiene violentas repercusiones para la noción misma de *fuentes*, como el propio Rozat ha subrayado. Estas repercusiones, sin embargo, no se detienen sólo en una interrogación sobre la *fuentes* en la medida en que ésta, más que origen de la reflexión historiográfica, es objeto mismo de su estudio. Las resonancias de la transformación —una mutación marcada por una relación en apariencia trivial de la gramática— alcanzan ámbitos mucho más comprehensivos: tocan la noción misma del sentido de la historia, del quehacer del historiador, del lugar de la historia en el abatimiento desconcertante de la memoria en la modernidad. Ese dualismo del objeto *libro* señala no sólo una transformación de la "dirección" del pensamiento histórico: el texto es al mismo tiempo origen, enigma, incertidumbre; y también evidencia, certeza, descripción incuestionada, anclaje y certidumbre. Ese dualismo inherente al concepto de *fuentes* enraza, por lo menos, la nitidez del trayecto interpretativo y reconstructivo de la escritura de la historia.

Esa historicidad del libro se des-

pliega y se propaga: se despliega porque el libro parece congrega una doble determinación de orden político y cultural: el libro como materia, como objeto, como orden técnico y tecnológico; y el texto que alberga, cuya historicidad alcanza no sólo al acto de escritura, sino que se propaga, *impone* a los modos de leer un tiempo implícito. La historicidad del libro hace visible ese objeto, más que una materia, una red de tiempos y de actos, una convergencia de cronologías entrelazadas, la incidencia recíproca de factores que desplazan y perturbaban la inocencia de una lectura reconstructiva. No se lee igual un texto único, incunable, un manuscrito reproducido como resultado de una demorada artesanía, y un objeto producido en serie, en números enormes —hoy incalculables. No se trata sólo de las sutiles correcciones y enmiendas que se advierten entre una versión y otra, producto de la intervención de amanuenses o de calígrafos, sino de las resonancias colectivas de esta ampliación de los circuitos de lectura, del crecimiento o la mortandad de la curiosidad por los textos, de las amplias modificaciones que se imponen desde entonces a las disciplinas asociadas con el saber y la memoria. El pleno impacto de la historicidad del libro como objeto es inseparable de la instauración de la “razón gráfica” —como la llamé con cierta fortuna y no tan afortunada conceptualización Jack Goody. Los alcances de esta mutación impuesta por las vicisitudes de la “razón gráfica” apenas han sido advertidas en el ámbito de la escritura de la historia.

#### *Las demarcaciones de la lectura*

Guy Rozat enuncia una primera y explícita concepción de la lectura: encarar la lectura del texto históri-

co como “un proceso global, como creadora de sentido, de interpretación y de identificación colectiva”. La propuesta y el análisis de Rozat comprende dos desenlaces de la lectura: uno, más restringido, en el que la lectura configura otra escritura; el texto histórico como una condición de engendramiento de otro texto histórico —cada interpretación suscita otra que responde, corrige, desfigura, desplaza otras escrituras— y otro, cuya noción de texto desborda la concepción inmediata de escritura; la noción de texto alude así a toda interpretación, aun cuando se mantenga inexpresada, sin cauces, sin que provoque la manifestación duradera de un texto autónomo, al margen del cuerpo y la vida de quien lo escribió. El texto histórico engendra entonces dos interpretaciones de efectos divergentes: uno manifiesto, tangible, analizable —el de provocar las otras escrituras de la historia— y otro, menos asequible a la observación, más renuente a las explicitaciones y a las descripciones: el de la lectura “global”, anónima, cuyo arraigo es más persistente aunque su perfil escapa a una aprehensión definida. La construcción de la historia, sugiere Rozat, se da en esta convergencia de ambos desenlaces de la creación colectiva de sentido que rigen, de manera múltiple, la invención cotidiana, masiva, de la historia, tanto como la mirada aparentemente restringida, atenta, adiestrada, del historiador. “Nos gustaría —dice expresamente Rozat— mostrar en acción cómo la mirada que se porta sobre un texto produce inevitablemente un nuevo texto que sólo una ilusión positivista puede considerar como *el texto*.”

La historiografía, se desprende de la propuesta de Guy Rozat, requiere una meditada valoración de la tensión entre ambas. Esa lectu-

ra de las “identificaciones colectivas”, una lectura lenta, que impregna una “comprensión diferida” (Jitrik) de los hechos, una prolongada conjugación de identificaciones que surge de la congregación y el contraste de narraciones a lo largo de la vida de las comunidades; una memoria desigual, desatenta, indiferente ante los requerimientos de congruencia, hecha de adhesiones o repudios pasionales —pasiones débiles asociadas a los personajes de gestas indiferentes para la vida—, configuran el perfil móvil y difuso de las identidades colectivas, incluso nacionales. Esa suma inaprehensible de lecturas, ese conglomerado de motivos, ese anudamiento de estrategias antagónicas de persuasión, se conjuntan en las invenciones que erigen a los personajes emblemáticos del destino nacional. Por su parte el historiador, deja ver Rozat, no está al margen de esta lectura prolongada y difusa. Es su sometimiento a las tensiones surgidas de esa presión de las lecturas diseminadas lo que hace todavía menos admisible la noción de fuente. Se hace visible el carácter estrictamente dialógico de la escritura histórica: no un movimiento espontáneo de la evocación, sino un engendramiento de respuestas narrativas a otros relatos del pasado, sustenta la noción de fuente. La fuente aparece como *garantía* de legitimidad de una memoria modelada desde un imperativo de argumentación, un reclamo de sentido para los arraigos de la propia identidad. De ahí la importancia que advierte Rozat de las diferencias de la creación de sentido y la creación de interpretaciones. Mientras que la creación de sentido surge como una voluntad permanentemente desalentada de comprensión, como una precipitación sobre la memoria, sobre la duración, so-

bre la voluntad de indiferencia, las pretensiones de regularidad, de continuidad en las minuciosas fracturas de la certeza, la creación de interpretaciones emerge de la contradictoria escenificación de las diferencias, en los quebrantamientos de la identidad, en el mutismo y el repliegue de las identidades, de los personajes, de los acontecimientos en el mapa de las pasiones individuales y colectivas.

*La originalidad de la interpretación y las versiones de la historia*

Guy Rozat enfrenta un tema inabordable en el ámbito de la historia: el error. No se trata de error elemental en la transcripción o en la estrategia de recopilación de "fuentes" o referencias —que siempre pueden ser señaladas, discutidas sobre una firme base argumentativa—, sino de la relación entre lectura y desfiguración. Pero este vínculo entre ambas deja entrever otra tensión: la que traza una identidad entre desfiguración como comprensión. El tema de la divergencia en las interpretaciones de la historia y el arraigo de la convicción.

La invención del texto histórico es la vigencia de la reiteración y sus modulaciones. Rozat describe la reiteración de la mirada de Prescott sobre la conquista en la compilación de León Portilla. Pero reconoce una modulación a la que resta —quizá precipitadamente— alguna importancia: la desaparición de los rasgos más violentamente etnocentristas y despóticos de la interpretación "romántica" de Prescott. Esa modulación ha suscitado, para Guy Rozat, la paradoja de un *vuelco insustancial* en la interpretación del acontecimiento, un simulacro de renovación en el entendimiento del personaje y en la

configuración de la intriga de la conquista. La reiteración en el saber histórico carece de la capacidad para formar un marco invariante de certezas que subyagan y confieran firmeza a un enunciado. La escritura histórica tiene que construir con una fragmentación propia del espacio de los acontecimientos. Si, como quiere Paul Veyne, la historia se construye por esa incitante restauración de las cohesiones vacilantes en las narraciones de lo pasado, entonces la intriga no solamente está orillada a la resonancia de las otras interpretaciones, su reiteración, las transiciones ínfimas tanto como los distanciamientos abruptos de lo ya interpretado. El problema de la comprensión y las contrariedades de la imaginación narrativa construida sobre el trazo siempre precario, reiniciado de los perfiles de los acontecimientos, se enlaza con el problema de las rupturas de la comprensión histórica.

No hay escritura de la historia sin ese impulso a la originalidad de la mirada. Sería absolutamente inadmisibles, en los marcos del saber moderno sobre el pasado, una historia como glosa pura, una repetición esbozada sólo como diferenciación estilística, como una adhesión que refrenda la certeza de los perfiles colectivos de lo pasado. El problema de la *originalidad* del acto de escritura histórica impone a su vez al texto una temporalidad, un destino paradójico: una condición efímera porque una vez expresada, esa versión habrá de ceder inmediatamente a su disgregación, a su desmembramiento, a la disolvencia en el ejercicio de las variaciones interminables e incalculables de su propia interpretación; por la otra, una duración sin caducidad, sin límites, sólo enmarcada por un olvido virtual, por una atenuación de su lectura, con una paulatina ero-

sión de sus perfiles y una fusión con otras versiones de la intriga, también sometidas al descarnamiento y una modulación hacia la conformación de estereotipos. Ambos rasgos de la escritura histórica son inquietantes. La originalidad en la interpretación histórica procede por divergencia, ahondamiento, ampliación —que es siempre desdibujamiento de las interpretaciones precedentes—, derivación, explicitación a partir de hallazgos testimoniales, saturación, renegación. Cada una de estas operaciones modifica el sentido del texto, orienta la lectura y las interpretaciones virtuales en un sentido que desvirtúa el precedente sin cancelarlo sin embargo. Una versión convive con su ahondamiento, con sus ampliaciones, con sus derivaciones e incluso con sus renegaciones.

Esta acumulación de versiones —algunas que resuenan en otras, reconstrucciones que conviven con sus textos de partida, engrendran algo así como el rumor de la historia. Una progresiva acumulación de interpretaciones. Hay algo atemorizante en esta sobreposición y coexistencia de textos referidos a otros textos. El temor específico es el vacío que es capaz de provocar el acrecentamiento de ese rumor que, contradictoriamente, produce el apogeo de la interpretación y su insignificancia. El texto histórico, en su punto culminante de crítica a la interpretación, en su máxima capacidad de invención y de construcción de intrigas, de interpretaciones, suscita quizá la indiferencia ante la historia. George Steiner ha enunciado ásperamente "el axioma ontológico, a la vez primordial y esencial, de la inerradicable indecibilidad de la interpretación". "El habla —afirma decisivamente Steiner— no puede ser ni falsificada ni verificada en sentido estricto. Este es un secreto a la vista que

tanto la hermenéutica como la estética, desde Aristóteles hasta Croce, han luchado por exorcizar o por ocultar de sí mismos y de sus clientes".<sup>9</sup> El desahucio de los textos, de las interpretaciones, no ocurre por la cortedad de sus alcances, ni por la insuficiencia evidente de sus presupuestos y sus tentativas de explicación. Incluso las formulaciones precarias, prescindibles, gratuitas, gravitan sobre la lectura de una época. Convocan una lectura desigual, impredecible en cuanto a su arraigo o su capacidad de expansión. Las interpretaciones suscitan a su vez interpretaciones y lecturas acumulativas. Interpretaciones de Michelet o de Burckhardt, de Bloch o de Huizinga que ocupan por un momento la posición equívoca de un origen, de un punto original, de un límite absoluto del que surge a su vez una contrastación, un ahondamiento, una nueva interpretación. Pero esas nuevas versiones no *desmienten* la literalidad de sus fuentes, ni suspenden su efecto sobre los lectores, no inhiben su capacidad para sugerir, para delinear una imagen del pasado, incluso para despertar admiración y adhesiones. Hoy es posible recoger elementos de Gibbons tanto como de Ariès.

Hay una propiedad de la saturación de las interpretaciones: desborda los esquemas explicativos. Entre más se interna en las singularidades de lo que describe, entre más se fascina por la idiosincrasia de sus protagonistas, en las particularidades de las decisiones o los actos, en la obstinación de las contingencias en la intimidad de la vida, la historia cancela su posibilidad de construir una intriga comprensible y memorable. La simultaneidad de las interpretaciones y la creciente visibilidad de los virajes o mutaciones ínfimas de lo reconstruido le imponen una necesidad:

allanar los relieves y las particularidades de lo pasado para recuperar la posibilidad de arraigo en la memoria colectiva. Ese rumor, esa agitación entrecortada de las interpretaciones construye una credibilidad sobre la traza de los estereotipos.

Marrou desmontó la ingenuidad impaciente de una verdad histórica construida sobre los estereotipos cuyos perfiles son el resultado de los puntos de convergencia de las versiones divergentes. Su crítica del "perspectivismo" es a la vez convincente y trivial. Su demostración, imaginada partiendo del arte del retrato, tiene la virtud de lo evidente: el absurdo de que "al superponer los distintos perfiles conservados de Cleopatra se pretenda obtener así, de manera mecánica, el *verdadero rostro de la reina*".<sup>10</sup> La crítica de la ilusión de verdad *para quien ejerce el oficio de historiador* no habla del surgimiento de la convicción engendrada por el rumor de los textos, ni de los procesos de lo que Guy Rozat llamó, al designar una operación inherente a la lectura, la "identificación colectiva".

La multiplicación de la materia textual empuja a los textos hacia la indiferencia: pero esta indiferencia tiene resonancias. No solamente el abandono del texto, sino la restauración de una ética del desencanto de la memoria, de su vacuidad, del carácter superfluo de su vigencia. La memoria se conforma entonces con las figuras equívocas de una azarosa decantación textual, de sedimentación áspera de los trazos de lo evocado.

Guy Rozat analiza dos momentos característicos de este proceso de la sedimentación de los estereotipos. Podríamos llamar eso que Rozat describe como "estrategias de verosimilitud" que, en el caso del texto de la historia, construyen una

tentativa de explicación de un acontecimiento primario. Un primer enigma: la conquista entendida como un acontecimiento que contraviene las expectativas de la logística militar, incuestionada en sus fundamentos. Resolver el enigma: el imperativo de la intriga se pone en marcha. Prescott delinea personajes cuya autonomía narrativa, inevitablemente, arrastra a la esfera del drama psicológico. No es solamente la vigencia decimonónica de los cánones de la psicología, sino una implantación duradera de la retórica de la rememoración, de los patrones inveterados que rigen la invención de la intriga, lo que reclama una personalidad tangible para los actores sociales, la transformación de la constelación de tensiones históricas en drama de subjetividades. El discurso de la historia no puede eludir los impulsos a la personificación de los factores atávicos de la historia: se ve orillado, en su divulgación, a imponer a los acontecimientos narrados los rasgos teatrales exigidos por los cánones dramáticos de un momento determinado. El olvido es la fuerza que perfila las exigencias dramáticas que modelan los personajes de la ficción histórica; el olvido se inscribe como un impulso que alienta la exhuberancia narrativa de la interpretación histórica, su hipertrofia.

*De Prescott a León Portilla:  
las lógicas de la relevancia*

Para Guy Rozat la drástica mutación ideológica que separa las interpretaciones de Prescott y León Portilla es, más que una renovación de la perspectiva histórica, más que un acrecentamiento de la comprensión del hecho fundante de la conquista, un nuevo extravío regido más por una voluntad política que por una capacidad de reco-

nocer los factores que definieron los perfiles específicos de la construcción del carácter de Motecuzoma en las fuentes. Prescott y León Portilla comparten, según esta perspectiva, un espejismo fundamental: atribuir una indiferencia ilusoria a los tiempos y los impulsos de la escritura. Las fuentes tendrían siempre —incluso si se les reconoce una cuota de invención y mitificación— un apego esencial a lo que narran: y ese apego no puede ser sino una garantía de descripción verídica. Este espejismo tiene un origen dual. Surge tanto de una desatención a las violentas transformaciones históricas que experimenta el apego de un sujeto a su escritura, como el desdén ante la drástica mutación que sufre el vínculo entre descripción y verdad en el espectro intelectual de las distintas historias culturales. León Portilla parece presa de la misma indiferencia de Prescott ante la historia de esas escrituras que sirven de base a la reconstrucción histórica de Motecuzoma. Y esa indiferencia marca, paradójicamente, más su proximidad esencial que su distancia ideológica aparente. A pesar de las distintas lógicas que rigen cada una de las interpretaciones, Rozat advierte una convergencia narrativa sobre el fondo de un criterio distinto, incluso antagónico, de verosimilitud de lo contado. En efecto, las propensiones del psicologismo decimonónico de Prescott y las inclinaciones del populismo —no menos decimonónico— de León Portilla dejan ver orientaciones divergentes en la interpretación. En el paso de una versión a la otra, el peso de la soberanía de la psicología individual, como una adhesión romántica, en Prescott se desplaza sutilmente para erigirse, en León Portilla, como determinación ejercida por la razón mítica

sobre la intimidad frágil, amenazada del monarca; la fuerza narrativa, en *La visión de los vencidos*, reitera la condición trágica de la razón individual, sometida a la gravitación de un orbe de símbolos que sofocan todo impulso de fuga. Y no obstante, a pesar de esta transformación de las miradas persiste una resonancia de una interpretación en la otra. Esta resonancia se arraiga en un punto nodal: el perfil biográfico del emperador. Intacto, ese perfil, en León Portilla, paradójicamente, salvaguarda y trastoca simultáneamente el centro de la interpretación: el lugar de la fragilidad histórica de un personaje capaz de asumir, sin embargo, el peso de una catástrofe que se forja en la ínfima trama de signos azarosos investidos con la violencia del presagio y la fuerza crepuscular de una cultura que admite como destino la extinción de su linaje.

Pero hay otro punto que se añade al anterior y que incita a una reflexión decisiva: la metamorfosis de la historia en memoria, la sutil mutación que impone al texto histórico una legitimidad que responde a las figuras del deseo colectivo. En este punto se advierte una perturbación de las finalidades admisibles del texto histórico. Jacques Le Goff ha señalado ya la agudeza e intangibilidad de lo que se ha puesto en juego. A la separación admisible entre memoria e historia. El contraste, aparentemente tajante, que ofrecen el capricho, la impresivibilidad, las proclividades al equívoco y a la fantasía de la memoria colectiva, enfrentado al entramado atento, vigilante, minucioso, devoto de la escritura histórica, abre una disyuntiva más inquietante aún, menos evidente: la memoria no es corregida por la historia; la memoria no es ese remanente, ese reservorio agitado donde resurgen con perfiles desvirtuados

y difusos los atributos de los acontecimientos; la memoria no es esa turbulencia nutriente de las evocaciones a la espera de la lucidez cohesiva, purificadora, de las tesis de la historia. La dialéctica entre memoria e historia no está regida por la corrección recíproca de las desviaciones en una progresión hacia el establecimiento pleno de la evidencia histórica. La palabra extrañamente convocada para representar este horizonte de extrañeza en la confrontación de la memoria y la narración disciplinada de los historiadores ha sido quizá expresada firmemente por Paul Ricoeur:

Esperamos de la historia una cierta objetividad, *la objetividad que le conviene*; la manera en la que la historia nace y renace lo atestigüa; procede siempre por *rectificación* del arreglo oficial y pragmático que las sociedades tradicionales hacen de su pasado. Esta rectificación se hace con el mismo espíritu que la rectificación que representa a la ciencia física respecto de la primera conformación de las apariencias en la recepción y de las cosmologías que permanecen tributarias a ella.<sup>11</sup>

Esta *objetividad* singular, estratégica, de la historia, constituye una recomposición de segundo orden, una restitución de una justeza implícitamente desdeñada. El pasado sufre una primera recomposición, un primer trabajo de olvido; es sobre esta conjugación de la memoria tradicional y la restauración de sus presencias veladas sobre lo que incide el olvido *correctivo* de la historia. Olvidar lo incierto, lo que desborda los marcos vigentes de la congruencia narrativa que funda la objetividad histórica. Toda aquella rememoración juzgada irrele-

vante, olvidada por la memoria colectiva, desarraigada de la materia de los mitos vivos y a la que se han confiscado sus perfiles, adquiere una dignidad neutra: la de un monumento excavado y abierto a la mirada, la dignidad de un documento en gestación, de una evidencia crucial para la reconstitución de un acontecimiento; lo incierto que se desprende del olvido como un testimonio atendible, un dato que alienta una reparación, la consistencia del sentido de la propia comunidad que lo ha excluido.

Para Rozat, la compilación de León Portilla logra situarse en esa recomposición *adecuada* del olvido, en ese *arreglo pragmático* que se respalda plenamente en una retórica de las evocaciones: las voces cobran la identidad particular por su origen en los cuerpos doblegados, son voces restauradas no por la letra sino por su postergación, por su sofocamiento, que repentinamente surge como un sentido profundo que suple el vacío impuesto por el hábito de las aniquilaciones de indígenas. Pero esta rectificación pragmática del texto, esta lectura contra la lectura de la letra indígena, esta restauración de la voz al precio de la devastación del lenguaje, repite incesantemente su odio a la historia, cuyo único sentido es esa rectificación sin medida, esa restauración de la conjetura ahí donde nace, para la memoria popular, el peso de la identidad de lo rememorado.

#### *La historiografía de la redención*

Guy Rozat encuentra en los pasajes de las crónicas que hablan de Motecuzoma, un orden narrativo, un conjunto de trazos que parecen surgir de un horizonte por completo distinto al propuesto por León Portilla y, consecuentemente, distinto también del de Prescott. Las

preguntas formuladas por Rozat carecen al parecer de una respuesta inmediata: interrogarse sobre la fuerza alcanzada entre los cronistas indígenas por la esperanza de purificación, el ahondamiento en la "conquista espiritual", los mecanismos de su eficacia, los impulsos a una purificación indígena, no evangelizada, que se fundieron con los imperativos de salvación implantados en la violencia de la destrucción cultural española, la vigencia del horizonte teológico del catolicismo imperial español en la escritura indígena; pero también Rozat sugiere otras interrogantes: el arraigo de *las nuevas lógicas* de la escritura europea, de las habilidades, del clima y los ecos que esta escritura acarrea en la desfiguración de las escrituras tradicionales; la capacidad de esta colonización de la escritura para impregnar, con la intolerancia disciplinaria del orden teológico, los resortes y los impulsos íntimos de esa otra escritura teológica entre los conquistados; Guy nos lleva a interrogar también la capacidad de la escritura para doblegar la memoria indígena hasta el punto de que en su propia voz se haga resonar el imperativo teológico que rige con plenitud el acto de escritura en los siglos XVI y XVII en España.

Pero esta conjugación de preguntas no interroga sólo la naturaleza de los sucesos ocurridos en la "conquista espiritual" y sus secuelas, sino que también compromete a la historiografía contemporánea, sus formas de apropiación, la trama de lenguaje que conforma los perfiles de los actores históricos y funda las certezas sobre sus impulsos o sus motivaciones. Rozat se pregunta también: "cómo se logró torcer", durante los siglos XIX y XX, el régimen de la escritura de los siglos XVI y XVII para mime-

tizarlo con las exigencias que rigen nuestra propia escritura, "qué tipo de manipulación [textual, se entiende.] logró este milagro". Guy Rozat advierte ese doble movimiento de la historiografía moderna: por una parte, atenazada por la pretensión de reconstruir la autonomía relativa de la escritura teológica de esos siglos, su fuerza capaz de estructurar una *nueva memoria indígena, aprendida acaso sin convicción, una memoria consagrada al imperativo de salvación de las almas*, impuesta a los indios por la urgencia evangélica. Por otra parte, empujada a una historiografía de las interpretaciones de esa escritura; a una historia de las exaltaciones dramáticas de la estela romántica, de la exacerbación de las subjetividades. La historia reconstruida por Prescott y León Portilla sólo puede leer en los textos la presencia definitiva de los poderes individuales de las colectividades y la primacía de las voluntades políticas de los gobernantes. La historiografía no puede simplemente desmentir, corregir, proponer otra alternativa. Se enfrenta a una lectura que tiene una historia particular y una incidencia en las visiones colectivas de la historia, una implantación en las visiones legítimas, un acento en la consolidación popular de las identidades.

No obstante, la incertidumbre sobre la historia de estas vertientes explicativas particulares —en este caso la de León Portilla y la de Prescott—, la puesta en evidencia de sus reiteraciones, sus desapegos ante las escrituras equívocas de la tradición indígena, la explicitación del olvido que esas interpretaciones diseminan a partir de su indiferencia ante los universos complejos y heterogéneos rememorados, arrastra también una incertidumbre sobre las convicciones surgidas de las nuevas hermenéu-

ticas, de las reconstrucciones contemporáneas. La interrogación de Guy Rozat hace surgir con drásticos claroscuros la plena vigencia de los vértigos del historicismo y su fertilidad en la reflexión de la historia sobre sus propios lenguajes.

En sus célebres "Tesis sobre la historia", Walter Benjamin enunció esa frase inútilmente célebre, radicalmente inaprehensible y brutal, que abre la historia a la lógica de la redención: "Todo texto de cultura es un texto de barbarie". Hay una barbarie del texto histórico, como la hay también de los textos interpretados por el historiador. La barbarie de ambos se entrelaza para hacer de toda memoria una voluntad de identidad y una vocación de despojo y de aniquilación. No obstante, la misma reflexión que llevó a la entronización de la barbarie como dimensión constitutiva de los textos, hace posible recobrar en el texto de barbarie también un texto de redención. La historiografía se enfrenta a un desafío: asumir la metamorfosis histórica de los perfiles morales que rigen la interpretación; apreciar en su latitud temporal las consecuencias derivadas de actos limítrofes como el asesinato y, al mismo tiempo, asumir la determinación ética implícita en la mirada contemporánea que se vuelca sobre esos actos limítrofes; admitir la indeterminación ética de los actos cuando la memoria de éstos ha franqueado el horizonte de su propia génesis, inscribir en los propios márgenes de la interpretación el anacronismo de toda meditación sobre sí mismo que es inherente a la imaginación histórica. Es decir, la historiografía se haya confrontada a su posición, temporalmente ambigua, su necesidad de desdoblarse los tiempos de su mirada, los ritmos y las cronologías de su interpretación y construirse desde esa multiplicidad de

los tiempos. Le Goff recobra para la reflexión contemporánea la tensión temporal en el discurso de la historia, postulada por Benedetto Croce:

Croce afirmaba que "toda historia es historia contemporánea". Croce entiende de esta manera que "por alejados en el tiempo que aparezcan los acontecimientos que ella relata, la historia en realidad se relaciona con las necesidades presentes y con las situaciones presentes en las que resuenan estos acontecimientos". De hecho Croce piensa que desde el momento en que los acontecimientos históricos pueden ser incesantemente repensados, "no están ya en el tiempo", la historia es "el conocimiento del eterno presente" [...] Concepción a la vez fecunda y peligrosa. Fecunda puesto que es verdad que el historiador parte de su presente para plantearle preguntas al pasado. Peligrosa porque, si el pasado tiene a pesar de todo una existencia más allá del presente, es vano creer en un pasado independiente del constituido por el historiador.<sup>12</sup>

Todo acto historiográfico es entonces un momento de autorreflexividad, un tiempo de disciplinada invención de sí mismo. La imagen de sí mismo no puede ser sino la de una identidad evocadora; es imposible construir la fascinación de la identidad sin la fascinación por la presencia irrenunciable de los linajes. Los linajes, como una presencia viva, como una realidad que desplaza todo relativismo de la memoria, definen los contornos del tiempo presente, del nombre de sí mismo; por ello, esa autorreflexividad hace irrenunciable el confinamiento de sí mismo en la tensión de diferencias éticas.

La memoria histórica podría con-

siderarse quizá una meditación sobre sí mismo en la cual esta identidad de sí vacila ambigüamente entre el sujeto como colectividad y las cambiantes subjetividades de cada individuo. Esta meditación es también una estrategia para la construcción de un tiempo de vida y un lugar en los tiempos colectivos: la identidad historiográfica, entonces, podría considerarse como una de las vastas estrategias en las que ritos de purificación y expiación se funden con los recursos narrativos de la memoria. De ahí la habitual coincidencia de los géneros —la multiplicidad de los géneros— historiográficos y las estrategias del sometimiento político, las estrategias de la pureza.

La historiografía parece sometida al imperativo de inventar los actos y los hechos desde los residuos heterogéneos, sólo que esta invención de los hechos alcanza, como último movimiento, al hecho mismo de la memoria. La memoria es la última de las invenciones de la historiografía. La escritura de la historia está siempre confrontada ante la necesidad de desvirtuar su propio origen: desconocer la memoria irrecuperable, desasosegante que la constituye, excluir la memoria para recobrarla. La paradoja irrenunciable de ese confinamiento es la que sustenta el vértigo del historicismo y sus indeterminaciones morales, pero también la absoluta imposibilidad de sostener el relativismo narrativo. El historicismo es la plenitud de las inquietudes de la identidad: es la fijación de la memoria en su punto más ciego, ahí donde el sí mismo que narra, la identidad de quien cuenta se pierde en las vacilaciones de su memoria. Y este extravío es incurable. De ahí la tensión extrema del historicismo: o bien la negación de la historicidad de quien narra, su intemporalidad hecha de

mera convención, hecha de estrategias retóricas, o bien, la aceptación de esta distancia, de este vértigo, a partir de la afirmación de un sí mismo también inmutable, pero que se declara incapaz de integrar en su propio tiempo, en su propia rememoración, la identidad de los otros: es la memoria solipsista del relativismo y su complacencia moral. El relativismo busca ampararse en la nobleza de la tolerancia. No obstante, es sólo el gesto indiferente del abatimiento moral y la vacuidad intelectual, la condescendencia final con la culminación del apotegma cínico de la modernidad: la tolerancia de la intolerancia. El historicismo, al alcanzar la máxima tensión de la paradoja que lo constituye, se vuelca hacia una confesión de su propia imposibilidad, o bien, toma un paso más: una precipitación en el relativismo, implantado en el discurso como una certeza de sí mismo, como una indiferencia que priva de sentido a lo diferente. El relativismo es un gesto extremo: renunciar a asumir la

finitud de la propia comprensión al precio de excluir, de silenciar, el velo radical de lo diferente.

La propuesta de lectura de Rozat es a la vez una crítica y una asunción límite de la historicidad de la escritura de la historia: pone en juego, nuevamente, la discusión no resuelta —una irresolución que se confunde con la historia misma— sobre la naturaleza de la verdad histórica y la abrupta separación, en el ámbito de la memoria, entre saber y verdad. La verdad histórica emerge así como una estrategia restrictiva de las operaciones del lenguaje. La escritura de la historia se aparta apenas, por este juego de restricciones, de la invención narrativa que hoy, por comodidad, llamamos literatura: la historia, a diferencia de la escritura literaria, no puede abandonarse a los impulsos de su propio lenguaje, a las lógicas soberanas de su desenvolvimiento narrativo, a la invención surgida de las anfractuosidades y pliegues de la lengua, a las libertades de su transformación sometida

únicamente a la evolución caprichosa y soberana de los géneros y la autonomía de la ficción. Lo que funda la verdad de la historia es el sometimiento de lo narrado a lógicas extrínsecas a su propia intriga, a la eventualidad intemporal de su propia revocación surgida de testimonios menos vacilantes en las convicciones disciplinarias. La historia se funda también en la voluntad de depurar a la memoria de las adherencias metafóricas que conforman su lenguaje, su potencia alegórica; la historia aún preserva la indócil, pero hoy inconfesable, utopía sobre la transparencia del lenguaje, la exactitud de horizontes argumentativos propios y la experiencia de una memoria que se extiende como un espacio compacto, infinito pero restringido, inhabitable, irreconstruible pero susceptible de ser descrito y que ofrece su sustentación a los juegos descriptivos de la lengua y a una imaginación argumentativa articulada sobre los tiempos inventados y circunscritos por el lenguaje.

## Notas

<sup>1</sup> Arnaldo Momigliano, "El historicismo revisitado", *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, México, FCE, 1993, p. 308.

<sup>2</sup> Noé Jitrik ha llamado la atención sobre un componente particular de ese ritmo singular de la lectura: sería un ámbito enteramente autónomo de puntuaciones, de señalamientos, de marcas, de acentos, que surge de la escritura misma del texto y que, en ocasiones, conduce y provoca la lectura de manera abierta y consciente; en otros momentos, parece imponerse a la relación del lector sobre el texto de una manera compulsiva, difícilmente describable, inconsciente; o incluso, podría pasar inadvertida, ser inocua, radicalmente insignificante: una escritura dilapidada. "...si al ser percibido —escribe Jitrik— el ritmo da cuenta de una orga-

nización que se apoya o descansa u opera sobre ciertos subsistemas lingüísticos necesarios —el idioma del enunciador, las circunstancias de la escritura, la atención a los códigos de recepción, el conjunto de saberes relacionados con el uso de la lengua, etcétera—, cada texto se presenta en una singularización, de la cual el ritmo podría ser el rasgo central, que lo hace único, insustituible". (Noé Jitrik, *La historia de una mirada. El signo de la cruz en las escrituras de Colón*, México, UNAM, 1992, p. 33.)

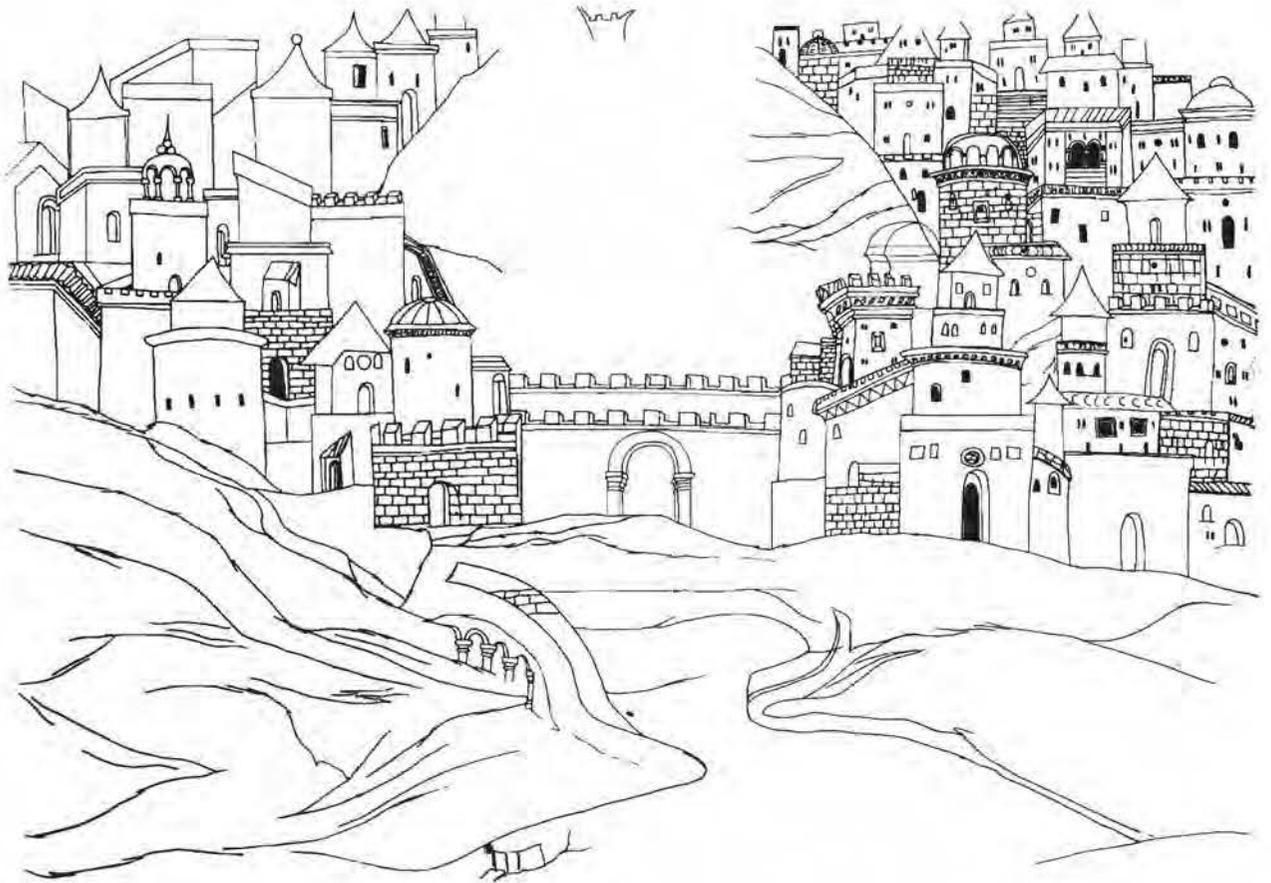
<sup>3</sup> Por ejemplo, el libro de Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, FCE, 1979.

<sup>4</sup> Véase por ejemplo el libro de Alfonso Mendiola, *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca, verdad historiográfica*, México, UIA, 1991.

<sup>5</sup> La debilidad de la lectura tangencial es de *otro orden* en extremo distinto, incluso contrario a la imagen propuesta por quienes abogan por la fuerza de ruptura de "un pensamiento débil". La debilidad de la lectura tangencial se finca en su dualidad contradictoria: es la propuesta de una lectura posible, relativa, incierta, revocable; pero también tiene la fuerza y la perseverancia de una convicción, de una legitimidad que desmiente la plenitud de los sentidos anteriores. Afirma al mismo tiempo la relatividad de toda lectura, pero surge como un desafío fuerte a la legitimidad de las lecturas anteriores.

<sup>6</sup> Claude Lévi-Strauss, "Mythe et oubli", *Le regard éloigné*, París, Plon, 1983, p. 253.

<sup>7</sup> Véase Hayden White, "El valor de



la narrativa", *El contenido de la forma*, Barcelona, Gedisa, 1992, p. 31.

<sup>8</sup> Quizá una versión elocuente de la construcción de ese "geométral" como elemento de verdad del relato histórico ha sido delineado por Marrou al denunciar las ilusiones del "perspectivismo": "como si bastara —escribe

Marrou—, para tener una imagen más completa y más íntegra del pasado, multiplicar las proyecciones y los puntos de vista". (H-I. Marrou, *De la connaissance historique*, París, Seuil, 1954, p. 222.

<sup>9</sup> George Steiner, *Real Presences*, Londres, Faber and Faber, 1989, p. 61.

<sup>10</sup> Henri-Irénée Marrou, *De la connaissance historique*, París, Seuil, 1954, p. 222.

<sup>11</sup> Paul Ricoeur, *Histoire et vérité*, París, Seuil, 1955, pp. 24-25. (El énfasis es mío.)

<sup>12</sup> Jacques Le Goff, *Histoire et mémoire*, París, Gallimard, 1988, p. 188.

## Los usos del libro

### Montserrat Gali

"El libro y su significado en el arte novohispano", de Ma. del Consuelo Maquívar; "La herencia medieval en la música de la Nueva España", de Juan José Escorza, y "Los libros de Euterpe en la Nueva España", de José Antonio Robles.

La importancia del arte y la música para el conocimiento de una época y para el estudio de sus mentalidades es evidente y las ponencias de esta mesa la confirman.

Iniciaremos nuestros comentarios con la comunicación de la maestra Consuelo Maquívar, ejemplo de lo que pueden aportar los estudios iconográficos e iconológicos. Este tipo de análisis es un buen camino para conocer y reconstruir no sólo el sentido de una pintura sino mucho del mundo que le dio origen.

Es bien sabido que el mundo del arte estuvo vigilado y sus prácticas reglamentadas. Es un lugar común decir que Concilios e Inquisición se preocuparon de las imágenes y de la iconografía, sin embargo sostenemos que el mundo de las imágenes se manifestó con mucha mayor li-

bertad que el de los textos y documentos escritos, en donde de antemano se pensaba en las lecturas posibles y sus efectos. La simulación y la adulteración son práctica común en el mundo de los textos; por el contrario la imagen —una vez cumplidos los requisitos políticos o religiosos que por lo demás eran bien explícitos— suele manifestarse con mayor soltura y riqueza.

Luego de destacar las representaciones de los libros, la maestra Maquívar distingue cinco apartados de acuerdo con el género y/o tema, como elementos iconográficos de importancia. A los cuatro primeros: libros de Jesús, libros de María, libros de los ángeles y libros de los santos, los aglutina bajo el rubro de pintura religiosa. El quinto apartado, de retratos, caería, según Maquívar, dentro de la temática profana. Desde nuestro punto de vista los retratos de obispos, aun siendo retratos, no entrarían dentro de lo profano, ya que la representación de los altos prelados de la Iglesia cumplía una función religiosa fundamental, aunque dichos personajes detenten un poder secular en la práctica y su efigie sea la de un mortal y no la de un santo o figu-

ra sagrada. Como obispos, por lo tanto unguidos, su estatus era sagrado.

Como muy bien ha mostrado la autora, en la pintura colonial el libro rara vez tiene un solo sentido, es decir, el de objeto que contiene en caracteres alfabéticos algún tipo de conocimiento o información. En todas sus representaciones este objeto llamado libro es polisémico. El libro asociado a las representaciones religiosas, aun en sus formas primitivas, tuvo un origen remoto y muy ligado a las tradiciones tanto judía y griega como a las culturas mesopotámicas que las precedieron e influyeron. Desde luego la influencia que tiene el Apocalipsis sobre la iconografía cristiana es directa y determinante, pero tampoco hay que olvidar los libros de los Muertos de Egipto y los libros de las Sibilas de la tradición romana. Todos estos elementos y precedentes los toma en cuenta Jean Chevalier al analizar el origen y simbolismo del libro en la tradición cristiana, llegando a análisis muy sutiles que Maquívar aplica a su propia investigación sobre la representación del libro en la pintura novohispana: así, por ejemplo, la significación del libro abierto y